



Leo y las Palabras Mágicas del Salón

Wendy Alexandra Salvatierra Leon



Leo es un niño de cuatro años con rizos alborotados y una mochila verde que hoy entra por primera vez a su salón de clases. El aula está llena de juguetes brillantes, mesas de colores y dibujos colgados en las paredes, pero Leo se siente un poco tímido y se abraza a su peluche.



Al ver una torre de bloques gigantes, Leo corre emocionado y toma todos los cubos para él solo, dejando a una niña llamada Mía sin nada con qué construir. La maestra, con una sonrisa dulce, se acerca y le explica suavemente que en el salón compartimos los juguetes para que todos puedan divertirse.



Leo lo piensa un momento, sonríe y le extiende un gran bloque brillante a Mía para construir juntos. Enormes castillos y torres de colores se levantan en la mesa mientras ambos niños ríen, descubriendo que jugar acompañados es mucho más divertido.



De pronto, suena una campanita musical que anuncia la hora del almuerzo, y todos los niños corren apresurados empujándose en la puerta. La maestra levanta una mano suavemente para recordarles que para evitar caídas y cuidar a los amigos, debemos caminar despacio y en fila.



Leo se detiene, respira hondo y le cede el paso a su compañero Santiago con una gran sonrisa. Los niños avanzan como un tierno tren de hormiguitas, caminando tranquilos y seguros hacia las mesas del comedor.



Durante el almuerzo, todos quieren hablar al mismo tiempo, creando un enorme alboroto donde nadie logra escucharse. La maestra les enseña el juego del micrófono mágico, explicando que debemos escuchar con atención cuando un amigo habla y levantar la mano para pedir nuestro turno.



Leo levanta su mano derecha pacientemente esperando que termine su compañera, y cuando la maestra le da la palabra, comparte su historia con voz clara. Todos lo escuchan atentos y aplauden, haciendo que Leo se sienta muy feliz y respetado.



Al terminar la tarde, el suelo del salón queda cubierto de papeles de colores, crayones y juguetes esparcidos por todas partes. La maestra canta la canción de la limpieza, y Leo comprende que cuidar su aula es tarea de todos los amigos del salón.



Con mucha energía, Leo junta los crayones en sus botes y ayuda a Mía a guardar los bloques en la repisa correspondiente. En pocos minutos, el salón vuelve a brillar y a verse hermoso gracias al esfuerzo y el trabajo en equipo de los pequeños.



Antes de irse a casa, todos los niños se dan un fuerte abrazo grupal llenos de alegría por el gran día que compartieron. Leo se pone su mochila verde, sabiendo que el salón es un lugar mágico donde las reglas nos ayudan a ser mejores amigos y a convivir felices.